Escultura

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

D. JUAN SAMSÓ

EL DÍA 22 DE ENERO DE 1899

MADRID
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1899

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

D. JUAN SAMSÓ

EL DÍA 22 DE ENERO DE 1899

MADRID
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1899

RBAS

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JUAN SAMSÓ

R
A
BA
E
S

Señores:

Me habéis puesto en la honrosa obligación de hacer mi entrada en esta docta Academia leyéndoos un discurso. No esperéis que lo exordie con largos y fatigosos párrafos, llenos de protestas de modestia desleídas en frases rebuscadas, más artificiosas que sinceras. Mala manera sería de agradeceros la merced grandísima que me hicísteis, concediéndome un puesto entre vosotros, y podéis tener cumplida seguridad de que, tanto como sé agradecerlo, y lo agradezco con todas las fuerzas de mi alma, otro tanto me sería de difícil é imposible atinar á expresaros con palabras lo inmenso de mi gratitud.

Jamás me habría atrevido á molestaros con mi lectura, si hubiera tenido que esperar á ofreceros lectura digna de vosotros. Tendréis que ser, pues, una vez más bondadosos y tolerantes conmigo, y aceptarme estos breves y someros apuntamientos acerca de la escultura religiosa.

Pero antes, permitidme que dedique un recuerdo al que fué mi predecesor en este sitio.

El Excmo. Sr. D. Sabino de Medina, distinguido escultor, cuyo fallecimiento deploramos todos, dejó aquí memoria de sus aptitudes y de su laboriosidad. Bien co-

nocidos os son sus méritos y sus obras; y así, no hay para que yo las encarezca. Mostróse acaso de vez en cuando un si es no es pesimista ó escéptico en ciertos asuntos de arte; pero quizás todo ello no era sino amargor aparente que asomaba en la conversación, como sordo quejido de los mil sinsabores, desilusiones y contrariedades que, con harta frecuencia por desgracia, acibaran el corazón del artista y destemplan su espíritu.

Así y todo, pruebas dió el Sr. de Medina de aplicación y de energía, y después de una bien aprovechada existencia, debe de haber recibido el premio de sus merecimientos.

¡Paz á los que fueron, y una oración por su eterno reposo!

Con gusto comenzaría ahora haciendo una excursión al terreno de la Historia, si no me lo vedara la necesidad de contraerme al asunto de mi tema, á fin de no poner á prueba vuestra atención benévola, dándole á mi modesto trabajo dimensiones excesivas.

De esa excursión, aunque fuera rápida, habría de resultar patentizado que no ha existido nunca sobre la haz de la tierra raza, pueblo ó nacionalidad alguna *absolutamente irreligiosa;* y que dentro de todas las religiones positivas, desde las más antiguas hasta las más modernas, monoteístas ó politeístas, el hombre ha sido devoto, ha sido idólatra, ha llegado hasta el fetichismo; pero rara vez, casi nunca, y acaso sólo de un modo transitorio, se ha mostrado iconoclasta.

Dentro de las teogonías más disparatadas; dentro de los cultos más absurdos, monstruosos ó ridículos, la hu-

manidad ha sentido siempre tendencia decidida á exteriorizar en formas materiales y concretas la idea ó concepto de la divinidad y de sus atributos; no ha acertado á elevarse hasta la contemplación de lo sobrenatural, sino teniendo á la vista un objeto corpóreo, animado ó inanimado, hijo de la naturaleza misma ó producto del arte, siquiera éste haya sido en ciertas edades y en muchos pueblos un arte infantil, tosco, grosero, inhábil, descabellado: astros, animales, plantas, imágenes, ídolos, símbolos y emblemas.... todo, todo ha servido para representar la divinidad y para adorarla; sólo que, muy á menudo, el hombre ha caído en la aberración de adorar directamente al objeto que eligiera para la representación, y ha dado en el extremo abominable de ofrecerle sacrificios impúdicos y sacrificios sangrientos.

Nótese bien que, desde el simplicísimo *dolmen* de los pueblos prehistóricos, hasta la hermosa y complicada catedral gótica; desde el estrafalario idolillo de madera de los Polinesios, á las espantables deidades de los imperios de los Aztecas y de los Incas, de los Asirios, Babilonios y Persas, de los Indo-chinos y Japoneses, hasta las maravillosas obras de imaginería de la Edad Media, á las espléndidas creaciones del Renacimiento, siempre y en todas partes la arquitectura y la escultura fueron las encargadas de construir el templo, levantar el altar y erigir la imagen; siempre y en todas partes la arquitectura y la escultura reflejan la civilización de cada raza, y se aplican á traducir el dogma religioso en forma plástica, pugnando por poner lo suprasensible al alcance de los sentidos.

Empero nunca ni en ningún pueblo del mundo anti-

guo consiguieron la escultura y la arquitectura realizar su intento por manera tan portentosa, como en el apogeo de la civilización del pueblo griego. Dotada la raza helénica de un temperamento de excepcional aptitud para producir y gustar la fruición estética, acertó á personificar sus dioses en tipos de soberana hermosura, y supo darles, bajo el luminoso cielo de Atenas, morada tan prodigiosamente bella, que debió de hacerles olvidar las delicias del soñado Olimpo. El gigantesco genio de Fidias, que parece inspirado por los últimos destellos de la revelación primitiva, puso en la frente de Zeus un reflejo de la potencia creadora, de la paz eterna y de la serenidad inmanente; creó el tipo virgen de Athenea, imagen de la inteligencia divina, y diósela á su patria como principio de su vida y de su gloria. La misma Venus tiene algo de la dignidad del amor conyugal, sin despojarle de sus velos. No tardó, sin embargo, en decaer la escultura griega, hasta perder por completo el sentimiento ideal: los artistas no se preocupaban ya más que de la belleza plástica; la filosofía de Sócrates y de Platón era impotente para contener las pasiones humanas; la gente se reía en el teatro de los vicios y las ridiculeces de sus dioses, y las victorias alcanzadas sobre los Persas acabaron por enervar y corromper á los griegos, como Demóstenes se había dejado corromper por el oro de Philipo; el arte aduló servilmente á Alejandro, y Alejandro le hizo retratar sus mancebas, y se las regaló después para que las rindiera culto de diosas.

No hablemos de Roma. Roma, al realizar la conquista del mundo, se asimiló todas las religiones, todas las artes y todos los vicios del mundo conquistado. La escul-

tura romana es propiamente la escultura griega trasplantada á la Metrópoli en la época de la decadencia del arte helénico. Era lógico que la decadencia continuase, y continuó en efecto, y llegó hasta la prostitución.

Como la sociedad podrida del inmenso Imperio, como el mundo entero, el arte clamaba por una Redención. Y del arte, la escultura sobre todo, necesitaba de Cristo. Era menester el agua santa del Bautismo para purificarla. El Cristo expió las vergüenzas y abominaciones del arte pagano, con las santas desnudeces de la flagelación y del Calvario. Como dice Veuillot: «El Cristo que revestía las vírgenes de inocencia y de luz, devolvía el pudor á la escultura, y cubrió con regia vestimenta su desnudez de esclava.»

La escultura cristiana no tiene que personificar los fenómenos de la naturaleza plástica. Su ideal es la belleza moral y divina; y aunque para expresarla tenga que luchar siempre con la tosquedad de la materia, ello es fuerza que la suavice y la venza, hasta llevar siquiera un destello de aquel ideal á la fisonomía humana. Viste sus imágenes y sus estatuas, y al velar el cuerpo de ellas, obedece, no sólo á un precepto de castidad, sino además á una razón de estética, porque concentra la atención sobre el semblante, é impide que se distraiga en la contemplación de la belleza desnuda del resto de la figura; bien así como el pintor de retratos sacrifica la importancia de accesorios y detalles, para concentrar la mirada del que contempla el cuadro sobre los trazos fisonómicos de la persona retratada.

Ya he dicho antes que no podía permitirme hacer historia; pero disculpadme si, muy de corrida, me atrevo

al menos á recordar que la escultura cristiana, propiamente tal, no aparece hasta que la Religión del Crucificado comienza á tener arquitectura original y adecuada á su dogma. En los primeros siglos, perseguida ó semitolerada, oculta en las subterráneas galerías de las Catacumbas, ó mostrándose apenas á la luz del día, sobre un terreno todavía no bien bautizado, y en medio de costumbres y monumentos gentílicos, se instala en algunos de los antiguos templos después de purificados, y utiliza ciertos símbolos y emblemas del paganismo, cristianizándolos.

Hay que llegar á la época de la arquitectura ojival, para contemplar en su carácter genuíno la escultura de la Religión de la Buena Nueva. Y por un contraste muy natural, así como en las derrocadas religiones idolátricas la estatua de la falsa deidad es el protagonista del templo, la escultura cristiana empieza por asociarse á la arquitectura medioeval con el humilde carácter de elemento de ornamentación. La arquitectura que solemos todavía llamar *gótica*, ofrece á la escultura amplias superficies para decorar.

En esta admirable y fraternal asociación de la arquitectura y de la escultura, no hay nada que se parezca, ni siquiera recuerde la traza y adorno del templo pagano. La unidad del dogma resplandece con gran poderío en la unidad robusta del conjunto, donde la inagotable fecundidad y la variedad pasmosa del detalle en nada embrollan ni ofuscan el claro sentido de un simbolismo santo, por tal manera expresado por el cincel cristiano, que vibra en el alma del creyente como un sublime himno de piedra, en el cual la piedra misma parece que ha

perdido la pesadumbre y la grosería de la materia para sutilizarse é idealizarse entonando un cántico de gloria al Redentor del Mundo.

Las fachadas de las catedrales góticas son quizá la creación más original del arte cristiano. Cada tímpano, cada rosetón, cada arco, cada calado, cada capitel, vienen á ser como otras tantas frases y capítulos enteros de Teología, ó páginas alternadas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Ménsulas, doseletes, cresterías, intercolumnios, pináculos y agujas ostentan los primores de una labor afiligranada casi inverosímil, que llega á producir, á trechos, la impresión de bordado encaje. De todo lo cual y de la atinada distribución de las estatuas y estatuetas, resulta un delicioso movimiento de líneas; pero tan mesurado, tan harmonioso, al par que tan elegante, que en nada altera el reposo y la severidad del conjunto, imponente sin dejar de ser simpático, y por todo extremo eficaz para llevar el espíritu hasta un grado de admiración que tiene mucho de arrobamiento místico y de estético entusiasmo.

Verdad es que, al esculpir sus estatuas el artista de la Edad Media, parece desdeñar hasta cierto punto la corrección de la forma, como si por un santo movimiento de reacción contra el arte pagano, que tan desaforado culto había rendido á la belleza plástica, protestase de semejantes excesos, dando exclusiva preferencia al sentimiento de lo espiritual y al concepto teológico que se propone expresar la escultura puesta al servicio de la nueva religión. Pero así y todo, ¡cuánta y cuán hermosa expresión en los rostros; qué de unción en las actitudes; cuánta gracia en el elegante y airoso plegado de

las vestiduras; qué de ingenua espontaneidad en todo!

Iguales cualidades y defectos tienen las figuras decorativas de los claustros, pilas bautismales, altares y retablos; de las sillerías de coros y muebles de sacristías y salas capitulares; de los vasos sagrados, relicarios, candelabros, cruces, báculos, pértigas, incensarios y pebeteros; de las estatuas yacentes y bajo-relieves de sepulcros y urnas cinerarias, y aun de las mismas imágenes esculturadas de Cristo, la Virgen y los Santos, que, como es sabido, no ocuparon su sitio en los altares sino con mucha posterioridad á las imágenes pintadas sobre tablas.

Imposible es desentenderse del influjo que sobre la Escultura religiosa ejerció el Renacimiento.

Así como el Cristianismo había bautizado el arte, el Renacimiento parece que puso empeño en paganizarlo de nuevo, singularmente el renacimiento italiano.

Aquella civilización fastuosa, de la que pueden servir de tipo la corte de los Médicis y la corte de los Orsinis y de los Borgias, mal avenida con la severa y sencilla grandiosidad del arte ojival, se dió á resucitar los modelos del arte helénico; volvió á la adoración del plasticismo, y no contentándose con reproducir é imitar los asuntos y personajes de la Mitología, de la leyenda y de la epopeya griegas, osó aplicar á las Madonas, á las Vírgenes y á los ángeles afeminados las formas venustas del gentilismo. Los artistas florentinos y romanos se apasionaron perdidamente del desnudo, y en su entusiasmo estético-sensual, hasta llegaron á olvidar, ó acaso lo ignoraron, que ni aun los maestros griegos habían representado siempre desnudas á sus divinidades. ¿Quién de

vosotros no recuerda en este momento las dos estatuas de Venus, una desnuda, vestida la otra, que Praxiteles envió á los habitantes de Coos, que por cierto dieron la preferencia á la vestida? ¿Quién no ha admirado en nuestros mismos Museos las Junos, las Minervas, las Ceres y tantas otras deidades mitológicas, semicubiertas ó cubiertas del todo por la túnica, el palium, el quiton y la clámide? Los escultores de la época del florecimiento del arte griego, se sabían muy bien que un traje estéticamente dispuesto y plegado, no roba belleza á la figura humana, sino que, en ocasiones, dignificándola, la hermosea.

Yo no he de negar (muy lejos de mi ánimo el negarla) la deuda de enseñanza que los escultores de hoy y de mañana tenemos contraída con los geniales maestros del Renacimiento; pero creo, sin embargo, que no siempre hemos sabido sacar de esa enseñanza todo el provecho que debiéramos haber sacado en orden á la Escultura religiosa. Sí: porque unas veces escandalizados, acaso con exceso, del derroche de plasticismo de los italianos, casi nos hemos sentido tentados á volver á los moldes de la escultura medioeval, exagerando el desprecio de la forma é imitando hasta las incorrecciones de aquellas obras, sin acertar, en cambio, á igualar, cuanto más á sobrepasar su expresión espiritual y mística; y otras veces, seducidos por las pasmosas creaciones del cincel insuperable de Miguel Angel, nos hemos resbalado hacia la copia de unos modelos que, por su filiación y carácter paganos, jamás podrán servirnos para hacer vislumbrar, á través de los lineamientos y modelado de la figura humana, ese *algo* de inspiración divina que anhe-

lamos imprimir sobre la faz de las imágenes destinadas al culto cristiano.

¿Por qué le ha de ser tan difícil á la escultura religiosa moderna alcanzar ese *desideratum* estético? ¿En qué consiste que en nuestros días, época de indubitable progreso, cuando las artes plásticas se muestran florecientes y, sobre todo, fecundas, á pesar de producirse tantas obras en todos los géneros, escasean las de carácter religioso verdaderamente inspiradas en aquel espíritu que envidiamos á los artistas de otras épocas, menos cultas que las de hoy, menos hábiles, menos perfectas en la labor del procedimiento?

¿Es que ya no hay genio ni inspiración? No: esto no es posible. Existen y existirán siempre hombres de organización privilegiada, aparejados para sentir lo bello, para comprenderlo y para expresarlo. Lo que falta es que esos hombres puedan ó quieran colocarse en condiciones morales á propósito para que se desenvuelvan las prodigiosas facultades de su talento; para que alcancen á producir cuanto puedan, aprovechando el total de fuerzas de su potencia creadora, y no consumiéndolas en ejercicios estériles, divagando por caminos oscuros y tortuosos, por falsas sendas que nos conducen al venero de todas las bellezas.

Lo bello en la esfera del arte, lo mismo que lo verdadero en la esfera de la ciencia, y lo bueno en la esfera de lo moral, tiene su origen y su ideal perfecto en la belleza, la verdad y la bondad absolutas; y lo bello, lo verdadero y lo bueno absolutos no pueden hallarse más que en Dios.

Si el artista no procura acercarse á ese centro de lo

Bello Absoluto cuanto le sea dable hacerlo al limitado espíritu humano, no dará jamás con la fuente de la inspiración; sus pensamientos, sus sentimientos no se elevarán sobre el horizonte de lo que le rodea en la vida real, y al buscar forma de expresión á ideas y sensaciones que no sobrepasan la altura de lo real, la forma y el pensamiento vendrán á emparejarse al mismo nivel.

Si, por el contrario, el artista ha sentido algo superior, algo que se separe de lo bello real y se aproxime á lo *Bello Absoluto*, ese *algo* se reflejará en su obra á través de la forma material de expresión, y despertará en el alma de quien la contemple la cuerda del corazón templada para vibrar al unísono de la inspiración expresada. Y pues esta cuerda no vibra sino por rara excepción frente á frente de las obras del arte religioso contemporáneo, será porque se hallan embotadas las facultades perceptivas del público, ó porque los más de los autores no aciertan á ser artistas, ó por ambas causas á la vez; pero el hecho es patente y doloroso, y, á lo que yo entiendo, debe de originarse de la acción compleja de muchas influencias combinadas, individuales y sociales. En conjunto, estas influencias no se escapan á la perspicacia de cualquier observador de medianos alcances. ¿Cómo no han de haber contribuído á secar la inspiración religiosa ese ambiente de egoísmo y ese afán vertiginoso de placeres exclusivamente terrenos que dominan en nuestra época? La aberración de las ideas enmarañadas y embrolladas por las escuelas filosóficas nacidas del panteísmo, del ateísmo y del racionalismo, ¿cómo han de permitirle al espíritu elevarse á regiones donde se le ha hecho creer que no existe más que el vacío? Si el hombre

se persuade de que *lo es todo* ó de que *no es nada;* si su fin y su objeto los ve, al extremo de algunos breves años de existencia precaria, como una transubstanciación fatal ó como una aniquilación inevitable, ¿cabe esperar de él que busque ó halle fuera de sí mismo, encima de la estrechez del ámbito en que se mueve, algo que le inspire, algo que le entusiasme? ¿Remontaránse sus impresiones estéticas desde la contemplación de la naturaleza á la consideración de lo sobrenatural? Si fuera de sí propio no tiene nada en qué creer, ni en qué esperar, ni qué amar, ¿podrá ser otra cosa que anteidólatra? No nos formemos ilusiones: de las muchedumbres incrédulas, materialistas é indiferentes, no surgirán jamás artistas capaces de entonar el *sursum corda* del arte. Sólo el Cristianismo puede prestar al hombre esa expansión grandiosa, abriéndole los inmensos y lúcidos horizontes de la vida actual y de la vida futura, es decir, de *la vida entera;* guiándole y sosteniéndole en el camino de la verdadera perfección, é impulsándole siempre *hacia arriba*, no en demanda de goces mezquinos ó quiméricos, sino en aspiración de delicias colmadas, inefables y eternas. La escultura cristiana no puede ser labrada más que por el cincel del creyente. Busque éste, enhorabuena, en la observación de la naturaleza los elementos plásticos de la hermosura de la forma; aprenda cuanto haya que aprender, en punto á tecnicismo de procedimientos, en los modelos de los maestros de todas las épocas; pero la inspiración verdadera, el ideal, ha de ir á beberlos en la fuente eterna de toda verdad y de toda belleza: creyendo en Cristo, viviendo en El, amando en El.

Como decía Fra Angélico: *Chi fa cose di Christo, con Christo debe star sempre.*

Y aquí, antes de terminar, estaba á pique de hacer una observación ó salvedad que, después y mirada la cosa á buena luz, casi me parece ociosa dirigiéndome á un auditorio tan ilustrado como el que me dispensa la alta honra de escucharme. Iba á decir que no basta ser hombre de fe, cristiano observante, para ser autor recomendable de escultura religiosa. No hay que ir á rebuscar á las humildes iglesias ó á las arrinconadas ermitas de las más miserables aldehuelas, para descubrir imágenes de talla indignas de recibir el homenaje del culto público. Aun en nuestras mismas ciudades, en las capitales y en templos relativamente suntuosos, pueden verse esculturas trazadas tan torpe y desmañadamente, que antes mueven á risa que no á devoción. Yo quiero suponer que algunas ó las más de ellas hayan sido labradas con la mejor intención por fervorosos creyentes; pero ¿quién me negará que, aun cuando admitiéramos que los autores de esas ridículas imágenes fueran unos santos, tendríamos que confesar que fueron también unos desdichadísimos escultores que, con sus amamarrachadas obras, hicieron un bien flaco servicio á los intereses de la Religión? Y tanto peor si no fueron más que artífices de tosco ingenio y reatas manos, ó mercachifles del arte.

No es, no, como mercadería como ha de tratarse la escultura religiosa; no es oficio ó industria: es misión elevadísima, casi un sacerdocio. Dios ha confiado á los hijos privilegiados del arte la misión de cooperar á que se cumpla en el mundo la ley civilizadora del progreso por el Evangelio, y les ha dicho: «Yo infundí en vues-

tro corazón el amor á lo bello, la férvida aspiración al ideal supremo; yo encendí en vuestra mente la llama purísima del genio; os concedí el don de percibir y sentir la belleza, el *esplendor del orden* que resplandece y palpita en todas mis obras, y en efluvios de vida inunda la naturaleza entera; os comuniqué una chispa de mi potencia creadora para que pudiérais expresar, por modo humano, lo que percibís y sentís, y alcanzárais á hacerlo sentir á los demás; pero..... *cumplid la ley*. No evaporéis el preciado aroma del sentimiento quemándolo como incienso de adulación, ó trocándolo en perfume de sensualidad; puesto que del cielo habéis recibido el don de cantar lo bello, elevad vuestro canto al cielo, y procurad que con vuestra alma de poeta se eleve el alma de los que os escuchen: con los pinceles y con el cincel, lo mismo que con la voz, con la pluma y con la lira, se puede orar, se puede y se debe entonar un incesante *Hosanna!*»

He dicho.

A B A S

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. AMÓS SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ

RBAS

Señores:

Otra vez recibo la honra de representar á la Academia de Bellas Artes en un acto de recepción, y otra vez tengo que dar á todos las gracias gustosísimo y agradecido por tan señalada merced.

Pero ahora esa satisfacción se halla contrarrestada por el dolor que me causa el recuerdo de la persona que debiera haber antes desempeñado esta misión, siempre grata.

Hace muchos años que fué elegido Académico de número el insigne escultor cuyo discurso habéis tenido el gusto de escuchar; y hace también muchos años que se había encargado de contestarle nuestro llorado Director, D. Pedro de Madrazo, sin que sus prolongadas ocupaciones y más prolongadas dolencias le permitieran poner mano á la obra; ¡que si la hubiera puesto, en breve plazo hubiera dado por concluída una tarea para él siempre fácil, por lo extenso y nutrido de su cultura artística! Y hubiera producido uno de esos trabajos que, como suyos, encerrara grandes enseñanzas y fuera para lo sucesivo obra de consulta. El triste desenlace de aquellas dolencias hizo pensar en mí, para sustituirle, á mi querido amigo D. Juan Samsó, de acuerdo con el Director,

mi no menos querido y bondadoso amigo; pero ni uno ni otro han podido con esa distinción tranquilizar mi espíritu, en punto á la certeza que abrigo de no poder corresponder á ella como quisiera.

En todas ocasiones habré de pasar por este duro trance, lamentando las deficiencias de mis trabajos, imposibles de evitar siendo míos; pero en la ocasión presente no está tanto el daño en mi desacierto, como en la pérdida del acertadísimo, culto y discreto discurso, que esperábamos oir en el día de la recepción de nuestro nuevo compañero.

Realmente no debiera ser contestado por nadie el del Sr. Samsó, porque sería una muestra de respeto debido á una memoria querida, el considerar que no podía otro alguno intentar esa empresa; pero ya que eso no sea posible, os prometo molestaros poco tiempo, porque si mis ideas, expuestas en otra ocasión con relación á estos discursos, me invitan á ser lacónico, debo serlo más que nunca, cuando las circunstancias mencionadas disculparían hasta el silencio.

Comprenderéis, además, que si, por causas fortuitas, se ha privado la Academia del concurso de tan ilustrado compañero, he de procurar yo no multiplicarlas, imponiéndome el deber de contestarle en el espacio de unas pocas horas, para que ni un solo día de retraso experimente su recepción por causa mía.

Viene á reemplazar entre nosotros el Sr. Samsó á otro esclarecido escultor, el Excmo. Sr. D. Sabino de Medina, y esta vez, como siempre, lo acertado de la elección hace menos sensible el vacío que dejó tan sensible pérdida.

Los aficionados á la Escultura habrán notado el vigo-

roso renacimiento que ha tenido entre nosotros, á partir de un escaso número de años hasta el presente, y son ya tantos y tan notables los escultores cuyos nombres andan de boca en boca, y que asisten y ganan los primeros premios en certámenes nacionales y extranjeros, aumentando su reputación de día en día fuera de España, que si ese movimiento continuara, no sólo tendrían de qué envanecerse en esta época nuestras Bellas Artes, sino que podríamos aspirar á ser entre los extraños los primeros; pero antes de este período era tal el abatimiento en que se encontraba, que hubiera desaparecido de nuestro suelo, si unas cuantas personalidades, tan escasas como ilustres, no hubieran atizado el casi extinguido fuego con el soplo de su entusiasmo y de su perseverancia. Algunas de ellas se encuentran ya en la Sección de Escultura de la Academia, y á esa generación digna de encomio pertenece el Académico recipiendario.

Comenzó su carrera artística, según es público (porque él por exagerada modestia se niega á suministrar antecedentes y datos de su persona), á los catorce años de edad en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, bajo la dirección particular primero de D. Francisco Martí y después de D. José Cardá.

A los veinte años eran ya conocidas y apreciadas diversas imágenes de talla y varios retratos esculpidos por él. Pero en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1867 presentó ya una estatua que representaba á *San Francisco de Asís en meditación*, y consiguió su primer triunfo obteniendo una medalla de segunda clase.

Más importante fué aún su confirmación, obtenida en la Exposición Nacional de 1878, en la que presentó una

estatua denominada *La Virgen Madre,* y por la que recibió una medalla de primera clase.

En el mismo año ganó por concurso la cátedra de Modelado del antiguo y ropajes, que desempeña en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, y con esto quedó perfectamente fundamentada su fama de notable escultor.

El género de sus trabajos; los muchos que tenía que hacer en cada momento, y la no coincidencia de las fechas de los certámenes de Bellas Artes con aquéllas en que forzosamente tenía que entregar lo terminado, han sido causa de que no haya concurrido á ningún otro; pero si no han sido admiradas sus obras en exposiciones públicas, lo han sido mucho en su propio estudio, y lo son hoy y lo serán mañana en aquellos puntos que lo eran de su destino.

Sería imposible citar todo lo que ha salido de sus manos; pero bastan para justificar el renombre adquirido las que á continuación indico, como mejor apreciadas y, sobre todo, más conocidas, á saber:

La imagen polícroma de la *Purísima Concepción*, para la iglesia del mismo nombre en el ensanche de Barcelona.

La estatua en mármol de *San Juan Apóstol*, que está en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid.

Un grupo en mármol que representa la *Visitación de la Virgen*, para el Real Monasterio de las Salesas de Vitoria.

Dos estatuas de mármol para el mismo Monasterio, que representan: la una, el *Sagrado Corazón de Jesús*, y la otra, la *Inmaculada Concepción*.

La laude sepulcral que se halla en la Catedral de Burgos para colocar los restos del Arzobispo de la misma, Excmo. Sr. D. Anastasio Rodríguez Yuste.

El monumento sepulcral del Príncipe de Vergara para la Iglesia colegial de Logroño, que se hizo por suscripción nacional, y que es una obra en mármol por más de un concepto notable.

Una estatuita de la *Virgen de las Mercedes*, hecha por encargo de S. A. la Infanta Doña Isabel para la Serenísima Sra. Princesa de Asturias.

Otra de *San Ildefonso*, hecha por encargo de S. A. Doña María Teresa para S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

Y está terminando dos preciosas estatuas en mármol para la Real Capilla de Palacio por encargo de S. M. la Reina Doña María Cristina, representando el *Sagrado Corazón de Jesús* la una, y el de *María* la otra.

No es necesario indicar más para reconocer que es una obra extensa la del Sr. Samsó, ni lo es tampoco señalar sus rasgos salientes ni ejercitar en ellas la crítica encomiástica, porque han sido ya públicamente conocidas y apreciadas; pero no podré excusar el llamar la atención sobre una cualidad común á todas ellas y característica del autor, es á saber: que todas son de asuntos religiosos.

Es muy frecuente que los temas elegidos por los Académicos electos en estas solemnidades, basten para retratar á los artistas que los producen, y no sufre en este caso esa tradición solución de continuidad.

Aunque todas las obras que he citado del Sr. Samsó son de asunto religioso, no quiere esto decir que no tenga algo relacionado con otros asuntos, y, sobre todo, re-

tratos en busto; pero la casi totalidad de la obra, y principalmente la que mejor sirve para darle renombre, es religiosa, y el tema elegido para su discurso es asimismo la Escultura religiosa que le da personalidad, y por la que siente un perseverante y no extinguido entusiasmo, y aun pudiera decir que verdadero culto, veneración.

Y no sólo lo ha desarrollado con ferviente convencimiento, sino que ha resumido sus creencias sobre la materia en frases de verdadera unción religiosa, rechazándola como mercadería, oficio ó industria; elevándola á la categoría de sacerdocio, é invitando á entonar incesante *Hosanna*, ya que con los pinceles y con el cincel, como con la voz, la pluma y la lira, se puede *orar*.

No he de hacerme cargo de las ideas expuestas en su discurso, porque ya conocéis las mías relacionadas con los de contestación en estos actos. Aquéllas con las que estoy totalmente conforme no he de pretender exponerlas mejor que él, y aquéllas en que pudiera no haber idéntica conformidad, no había de rebatirlas en unos momentos que no permiten la rectificación ni el rebate. Pero como no cabe seguir sus razonamientos sin impregnarse en esos purísimos sentimientos del verdadero creyente, me ha parecido mucho el hacer de la Escultura una oración y poco el orar por medio de ella, porque cuando mejor se reza es cuando se deja el pincel y los cinceles y la palabra y la pluma y la lira, y todo lo que no sea el pensamiento concentrado en sí mismo, todo lo que no sea el alma, única capaz de entenderse con lo divino, y única que reza, sobre todo cuando, engrandecida por el dolor, busca á Aquél infinitamente grande siempre, pero

más aún cuando se encuentra con la desgracia. No sé si entonces se lo imaginará alguno, por la costumbre adquirida, con formas humanas ó representado plásticamente de algún modo; pero es más fácil que, con independencia de toda forma, ó se cierren los ojos para sustraerse á toda influencia exterior y para aumentar el silencio y el recogimiento con las tinieblas, ó se abran para dejar perdida en el espacio la mirada, procurando abarcar con ella el universo entero y llevar á todas partes el espíritu, como queriendo compenetrarse con Aquél que todo lo inunda y todo lo llena; y cuando eso sucede, se descansa, y nada se dice, porque se está seguro de ser entendido, ni hacen falta otros intermediarios que las lágrimas recogidas por quien sabe enjugarlas con su infinita misericordia.

Pero no por eso ha de dudarse de que los asuntos religiosos sean por su grandeza apropiados á los altos ideales de la Escultura, á la que han servido de inspiración durante siglos y en los que seguramente se inspirará aún en lo venidero.

La escultura religiosa ha sido tratada de muy diversas maneras y con muy distintos propósitos, y no es ésta ocasión de señalar unas ni otros; pero sin penetrar mucho en el fondo de la cosa, es fácil darse cuenta de por qué esos asuntos han sido para los escultores objeto de particular predilección y entusiasmo justificado.

La Escultura es antes que todo la representación de la belleza de la forma: éste es su asunto, y aun pudiera decirse que su culto; pero como no toda la naturaleza se presta á la imitación por ese medio, puede afirmarse que se limita á la belleza de la forma en los seres ani-

mados, y muy particularmente en el hombre, único capaz de proporcionar la expresión de lo que se siente y de lo que se piensa, y de abrigar en su seno las grandes ideas en que ha de inspirarse el escultor para dejar á la posteridad obras de duración y de transcendencia. Es entre las Bellas Artes, que tienen su fundamento en el dibujo, la que peor soporta una incorrección; y siendo el plegado de las ropas y la disposición de los vestidos cosa apropiada para ocultar aquéllas, porque son muy numerosas sus formas verosímiles, el verdadero modelo en la Escultura será siempre el desnudo, que no sólo es lo más bello, sino lo más difícil de reproducir, por la extremada exactitud que requiere, por el poco trato que con él se tiene, dadas las costumbres y los trajes actuales, tan distintos de los de aquella antigüedad, que llevó el arte á una altura jamás superada después, y porque no hay dificultad comparable en la ejecución con la de dar á los cuerpos duros la blandura y flexibilidad de las carnes, haciendo pensar que corre por ellas la sangre y la vida. El escultor que no sienta el desnudo de una manera absoluta y que en él no se ejercite con predilección, lo será siempre á medias; y apenas se concibe el empeño, de algunos aficionados al arte, por desterrarlo, con pretextos de honestidad. ¡Donosos artistas los que se dejan sugerir por el desnudo ideas relacionadas con placeres puramente viciosos y no conceptos de fecundidad, alma de la naturaleza, sin la que el universo sería una roca pelada, volteando en espacios silenciosos y fríos, y con la que llegamos á concebir la augusta maternidad! ¡Donosos artistas los que sólo ven en ello el macho ó la hembra, y no sienten emoción estética alguna, y preten-

den que la forma humana se cubra pudorosa como pudiera cubrirse avergonzada! ¡Mal dispuestos para el arte han nacido sin duda los que no saben ver en la mujer, bajo todas las formas, ó la inocencia ó la pureza ó la honestidad, ó el pudor de una hija, de una esposa ó de una madre, y no recuerdan que si Eva se cubrió, fué para salir del Paraíso pecadora!

Lo que ha de lamentarse es el decaimiento en que está el estudio de la forma, y el olvido ó menosprecio en que se tienen aquellas teorías que, como la de las harmonías de la línea recta, practicada por Fidias, y harmonía de las curvas practicada y concebida por Praxiteles, elevaron la Escultura de los antiguos á un grado que es la desesperación de los modernos; lo que ha de lamentarse es que, ó se estudien aquellos modelos para acomodarlos malamente á una civilización distinta, ó se les desconozca en absoluto so pretexto de tener mayor libertad para acomodarse á ideales distintos, cuando aquellos adelantos y perfeccionamientos deben ser eternos fundamentos del arte escultórico; pero sin empeñarse en copiar los tipos ni en conservar inspiraciones que fueron de otros tiempos y que no se amoldan á éstos.

De todas suertes, la forma no basta, como digo: se necesitan ideales en que inspirarse, que den expresión á aquélla, y en tal concepto pudiera decirse que la Escultura debe proponerse encerrar las ideas más grandes en las formas más bellas. Pero no puede negarse que siendo, como es, esencial la belleza de la forma, la expresión, como el movimiento, la dañan, aunque contribuyan á completar la obra de arte, y de la exageración de

este principio nacen dos otras exageraciones, afirmación la una y negación la otra, pero igualmente perjudiciales.

La afirmación es ésta: si todo lo que es acción, movimiento ó expresión daña á la forma, y el carácter distintivo de la Escultura debe ser la sencillez, ó han de aceptarse aquellas concepciones sobrias y grandiosas, aunque convencionales é inverosímiles del arte egipcio; ó han de exigirse á las estatuas condiciones parecidas á las que se señalan para estar bien proyectadas á las cariátides, siempre que sean elementos de construcción; ó ha de exigírseles que resuelvan problemas de situación y no de movimiento, puesto que ha de ser condición precisa el reposo, y ya se ve que por este criterio no se admite más Escultura que la arquitectónica.

Por razonamientos idénticos se llegá á la negación de la Escultura de género; porque, en efecto, en él tiene la expresión una parte esencialísima y siempre dañosa á la severidad de la forma, á la cual se une lo vigoroso de la acción y lo acentuado del movimiento, que conspiran también en daño de la obra escultórica. No puede negarse que esto es exacto; pero yo no me atrevería á proscribir un género en el que, perdiéndose condiciones verdaderamente fundamentales, se alcanza á representar movimientos pasionales, y se llega á poder decir que sobre los mármoles y bronces se consigue dejar impresas las huellas del espíritu; y si en esa tarea puede ser discutido y desconocido un escultor, habrá de reconocerse siempre á un artista.

Véase ahora cómo á estos extremos atiende y los hace compatibles, en acertada medida, la escultura religio-

sa, y se comprenderá que haya sido y sea aún por modo perdurable fuente de inspiración de los artistas y argumento simpático para sus obras.

Nada, en efecto, de lo que se relacione con la forma le está vedado, y presenta para el desnudo hermosas ocasiones: sugiere á la mente ideales de una grandeza incontestable para dar alma á la forma; requiere ser tratada con aquella sencillez y sobriedad de líneas que tanto reclaman los más afectos al arte arquitectónico; no rechaza la acción ni considera indispensable el reposo, pero sólo acepta el movimiento entre límites de una gran continencia; y finalmente, es susceptible de dotar á las estatuas de una gran expresión, pero sin llegar á aquellas alteraciones de la forma que obligan á desnaturalizar la belleza, porque todo lo que es religioso es esencialmente sereno y tranquilo.

No es, pues, de extrañar que en todos los tiempos y en todos los países haya tenido extraordinaria importancia el asunto religioso, habiendo conseguido con él los mayores perfeccionamientos de que se tiene noticia en la historia del arte, y todavía en lo futuro habrá de discutirse sobre la mayor ó menor preponderancia que puede tener sobre los demás asuntos escultóricos, sobreponiéndose á todos como en unas ocasiones ó debilitándose como en otras; pero tengo para mí que no dejará este género de ser cultivado jamás.

No porque reúna, sin embargo, condiciones tan valiosas, ha de entenderse que proporciona al arte escultórico elementos para llegar á donde muchos sueñan que se llega sin que nadie lo demuestre, porque es cosa por siempre vedada á las facultades humanas. No es lo mis-

mo proporcionar ideales grandiosos, sentimientos nobilísimos y expresiones tranquilas y simpáticas, que sirvan de inspiración á las creaciones artísticas, que llevar como de la mano al artista para colocarlo en íntimo contacto con la Divinidad, de suerte que pueda percibir á maravilla sus formas exteriores y comprenderla en su esencia, hasta poder decir que el modelo que copia y reproduce es lo bello absoluto.

Nadie se forje ilusiones pensando que ha impreso como artista ó visto como aficionado, en un rostro esculpido, rasgo alguno de formas ó de expresiones divinas, porque á nadie le es dado imaginarlas siquiera ni reproducirlas por lo tanto. No cabe al hombre expresar mayor suma de belleza que la que le sugiera la belleza humana, ni dar mejor expresión á sus obras que la de los más nobilísimos sentimientos observados en el hombre. Es posible que no hubieran podido producirse los hermosos semblantes de algunas vírgenes si no hubieran conocido á sus madres los autores.

Veo con sentimiento que me voy alargando más de lo que os había prometido; pero no os impacientéis, porque sólo me restan unas cuantas palabras.

Es verdaderamente consolador el ver expresadas y profesadas con entusiasmo ideas tan sanas en materia de arte como las que nos ha dado á conocer el Sr. Samsó. En este período de verdadero renacimiento de la Escultura nacional, unos van por excelente camino, y de ellos ha de esperarse el verdadero progreso; pero otros van evidentemente descaminados. Es cierto que contaminados éstos con la buena manera de hacer de aquéllos, producen obras estimables en cuanto á la forma y ex-

presión que pudiéramos llamar de la forma misma, puesto que los miembros tienen flexibilidad, las ropas soltura, y blandura las carnes; pero me hacen el efecto de aquéllos que pronuncian discursos de memoria que ni siquiera han compuesto ellos mismos: dicen muy bien las cosas, pero no saben lo que dicen. Preguntar á uno de estos escultores el por qué de lo que hacen, sería tiempo perdido, porque cuanto realizan lo deben á la costumbre del procedimiento. ¡Desconsuela el persuadirse de la absoluta carencia de ideas, de conocimientos teóricos, de cultura artística, de concepto de la Escultura y de su misión relacionada con la práctica de su carrera! Todos los asuntos los creen buenos, así los que se amoldan á su personalidad como los más opuestos: de la misma manera emprenden lo que su espíritu les recomienda, que lo que les encarga un aficionado ó comerciante; todos los géneros son igualmente aceptables, y todos se tratan de improviso sin dirección ni guía, para caer lo mismo en frialdades inconcebibles que en extravagancias lamentables por exageradas expresiones ó movimientos propios sólo de la Pintura: la composición es para ellos cosa en que no ha de pensarse, y así sucede que habrá unanimidad de pareceres al estimar bien modelada una estatua, pero no habrá dos personas que coincidan al apreciar lo que con ella ha querido representarse; y es tal el decaimiento, tan clara la falta de derrotero, tan evidente la ignorancia, tan parco el entusiasmo y tan grande el engreimiento fundado en lisonjeros éxitos de los primeros ensayos, traducidos y apreciados como confirmación y consolidación de una gran figura artística conquistada, que no puede menos de verse con inmensa

satisfacción el que un escultor de aquéllos que en generación anterior á ésta han sabido conservar vivo el entusiasmo por la Escultura, entonces muy abatida, siembre opiniones sanísimas y se presente como uno de los que han especializado un asunto, dedicándose á él, no sólo con preferencia, sino casi exclusivamente, sintiéndolo con toda su alma y recomendándolo con tanto convencimiento, que ya lo he dicho, además de aparecer como artista, aparece como creyente.

La obra suya, que os he recordado con brevedad, nos dice resueltamente que es un buen escultor; pero las ideas que emite y la persuasión con que las cultiva, me dicen además que es un hombre bueno. No podía desear más la Academia para recibirle en su seno con regocijo. ¡Bien venido sea el nuevo compañero!

23 Diciembre 1898.

RAB

A
BA
S